

Adicción generalizada y segregación, efectos de la evaporación del padre

ADICCIÓN GENERALIZADA Y SEGREGACIÓN, EFECTOS DE LA EVAPORACIÓN DEL PADRE

Generalized addictions and segregation: the effect of the father vanquishing

Daiana Ballesteros y Eduardo Suárez

dai_797@hotmail.com

Facultad de Psicología | Universidad Nacional de La Plata

Resumen

En el presente artículo partimos de considerar a la adicción como síntoma social contemporáneo y como uno de los nombres del malestar en la cultura actual. La declinación del discurso del amo y la elevación al cénit social del objeto *a* como plus de goce son las fórmulas que, extraídas de la enseñanza de Jacques Lacan, nos permiten leer la época, sus síntomas y las formas bajo las que se presenta la angustia.

Allí donde el padre declina, el discurso hipermoderno y el de la ciencia, con sus dispositivos de evaluación, se ofrecen como su relevo. Los lazos, sostenidos en identificaciones a modos de goce, dan lugar a comunidades con prácticas segregativas. El racismo, ese cuyo avance preocupaba a Lacan ya en 1967, se vuelve acontecimiento social, dando lugar a fenómenos en los que el odio al goce del Otro hace buscar su aniquilación.

Cómo estar a la altura del malestar de la época, es el interrogante que nos interpela. Cómo reinventar el psicoanálisis, una vez que el padre se ha evaporado, es la brújula que nos orienta.

Palabras clave: adicción; objeto plus de goce; evaluación; comunidades de goce

Abstract

In the following article, we start from the premise of considering the addiction as a contemporary social symptom and as one of the many names discomfort receives in the culture. The master's discourse declination and the object *a* elevation to the social zenith as a way of increasing the object of surplus jouissance are the equations, deduced from Lacan teachings, that allow us to read the current time, the symptoms and the shapes in which anxiety presents itself.

There when the father declines, the hyper-modern discourse and the science's discourse show up along with their own evaluation methods. The links, sustained by identifications reflecting jouissance, encourage segregation practices. Racism, the one Lacan was concerned about back then in 1967, becomes a social act creating phenomena in which the anger towards Other's jouissance seeks its own destruction.

How to keep up with the discomfort of the times is the question we wonder. How to reinvent the psychoanalysis once the father has vanquished, is the compass pointing due north.

Keywords: addiction; evaluation; object of surplus jouissance; jouissance communities

I. La adicción generalizada

Si nos referimos al malestar en la cultura debemos decir que la adicción no solo se constituye como paradigma del síntoma social contemporáneo, toda vez que es uno de los nombres del malestar. Desde la perspectiva de la subjetividad de la época, las adicciones no pueden considerarse una categoría clínica en sí misma, sino el rasgo fundamental de la relación del sujeto con los objetos de consumo. Vivimos en la época de la adicción generalizada (Guéguen, 2012).

La adicción a las drogas, como caso particular, fue el ámbito donde el uso, la acepción actual del término tuvo su origen y se fue generalizando hasta llegar a nombrar el malestar en la relación del sujeto contemporáneo con los objetos de su goce.

El término jurídico *adiction* -etimológicamente derivado del término latín *adictus*- definía al esclavo por deudas. *Addictus* era el deudor insolvente caído en el dominio de la voluntad del propio acreedor y, si

bien conservaba su libertad y la ciudadanía, sufría limitaciones consecuentes con el estado de dependencia del acreedor.

Según Marco Focchi (2012), el término *addiction* ha sido introducido en la clínica psicoanalítica a inicio de los 60. En Francia, la psicoanalista anglófona, Joyce McDougall (2005), ha comenzado inicialmente a referirse en sentido amplio a las nociones de “economía adictiva” y de “solución adictiva”.

Ese *adict* que podemos usar como prefijo o sufijo marca la forma de malestar contemporáneo de la relación a los objetos y lo podemos elevar al estatuto de una función lógica universal. Entonces, el malestar se manifiesta bajo las múltiples variantes de la adicción: la adicción al celular, al amor, al sexo, al comer, a comprar, al juego; vale decir, que no se hace uso de los objetos sino más bien al abuso o al uso compulsivo.

Las relaciones con los objetos están marcadas por la dependencia y las separaciones por la abstinencia. La adicción se vuelve el modelo del lenguaje común sustituyendo al lenguaje romántico de las pasiones. Así, el modelo adictivo permite enunciar y pensar toda práctica de goce en la vida contemporánea.

2. Mutaciones del malestar en la cultura

Marie Helene Brousse (2012) sostiene que la práctica del psicoanálisis se constituye en un observatorio privilegiado para tomar medida de los cambios sociales y de sus consecuencias en la vida de los sujetos. La autora plantea que, si seguimos la afirmación de Jacques Lacan según la cual el inconciente está estructurado como un lenguaje, en tanto es colectivo, podemos extraer, en cada época, las mutaciones de los significantes claves y localizar cuáles son aquellos que se transforman en significantes amos produciendo a los sujetos, sus angustias y sus síntomas.

Desde el psicoanálisis se intenta leer y explicar las mutaciones del malestar en la cultura actual a partir de diversos matemas y fórmulas que Lacan ha ido desarrollando a lo largo de su enseñanza. Una de ellas, es la noción de discurso que él propone en su *seminario 17* ([1969-1970]2008), como una estructura de cuatro lugares que define diferentes modos de lazo social: el del amo, de la histérica, el universitario y el analítico.

Podemos afirmar que, desde la antigüedad, el discurso del amo fue lo que ordenó la vida de los sujetos. El amo, en sus diferentes versiones: el rey, la Iglesia, el tótem, el padre de familia, era aquel que daba órdenes, que establecía prohibiciones e ideales y que, de ese modo, se constituía en

una brújula para los sujetos. Era quien, por encarnar el lugar de agente de un discurso, dictaba órdenes que les permitían a los sujetos saber cómo realizar hasta las funciones más elementales que, en el ser humano, no están garantizadas por ningún saber instintivo a nivel de la especie: cómo comer, cómo dormir, cómo relacionarnos con los otros y con el propio cuerpo, son funciones que dependen, en el ser hablante, del significante.

En este régimen de discurso, inclusive el consumo se inscribía dentro del andamiaje simbólico de los rituales y la tradición, anudándose al Nombre del Padre y su regulación, como se evidenciaba en los ritos de muchas tribus aborígenes. Asimismo, el consumo en el movimiento *hippie* podía ubicarse como articulado al Padre en tanto consumir, allí, era transgredir su ley, oponerse a sus ideales y prohibiciones.

En la actualidad asistimos, en cambio, a lo que Lacan llama, en 1968, la evaporación del padre. La clínica nos enseña que ese significante que ordenó por miles de años a la humanidad ya no es operativo, que declina, que desfallece en su función.

En su conferencia *Una fantasía* (2005), Jacques Alain Miller propone leer el malestar en la cultura actual a partir del discurso hipermoderno y exhorta a los analistas a no tener nostalgia del padre, de la moral civilizada y a implicarse en su declinación.

El psicoanálisis fue inventado para responder a un malestar en la civilización, un malestar [...] que podríamos enunciar así: para hacer existir la relación sexual, hay que frenar, inhibir, reprimir el goce. La práctica freudiana abrió la vía que se manifestaba [...] como una liberación del goce. La práctica freudiana anticipó la ascensión del objeto *a* al cénit social y contribuyó a instalarlo [...] La práctica lacaniana tiene que vérselas con las consecuencias de este éxito sensacional [...] La dictadura del plus de gozar devasta la naturaleza, hace estallar el matrimonio, modifica los cuerpos [...] (Miller, 2005: 46).

El psicoanálisis, ya desde sus inicios con Sigmund Freud, buscó poner al sujeto a distancia de los ideales a los que se identificaba, alienándose; ideales que, tomados del campo del Otro social le aportaban una orientación, pero que al obturar la pregunta por el deseo daban lugar a un padecer de más que se traducía como síntomas.

Tanto en sus conceptualizaciones como en su práctica, los analistas horadaron los significantes que normalizaban, explicando que no

hay nada de natural ni preestablecido en la sexualidad humana, que ni siquiera la relación al propio cuerpo está asegurada en su constitución, que hablamos, sin saber lo que decimos, porque ese amo, el inconciente, es siempre, el discurso del Otro. El psicoanálisis, entonces, ha cambiado profundamente lo social al contribuir a la liberación de la pulsión.

En el régimen del amo la identificación simbólica al ideal mantenía un orden autoritario, disciplinario, que sostenía la inserción social. Ahora que el padre declina, el ideal ha sido reemplazado por el objeto *a* elevado al cénit, por lo que “la inserción social se hace menos por identificación que por consumo [...] y el comportamiento social adquiere un estilo adictivo” (Miller, 2008).

Este estilo puede explicarse a partir de lo que domina en el discurso hipermoderno: el objeto *a* como plus de goce que “se le impone al sujeto sin brújula invitándolo a atravesar las inhibiciones” (Miller, 2005: 40). Lo importante aquí es la noción de plus, que Lacan toma de la economía de Marx y de su concepto de plusvalía.

Basta analizar las publicidades para ubicar el funcionamiento de plus que tiene este objeto. En una sociedad regida por el imperativo superyoico de consumo, los objetos en promoción acechan, adquirirlo, es lo que comporta un plus. Entonces se cazan promociones, pero se borra allí la pregunta por el estatuto de ese objeto: ¿lo quiero, lo necesito, me gusta? O sea, la marca subjetiva en esa relación queda forcluida.

Los objetos nos ordenan, desde las vidrieras, desde las pantallas que nos miran, desde el cénit social. Consumir y producir objetos - inclusive producirnos como un objeto que pueda ofertarse en el mercado- se constituye en el imperativo de la época donde la adicción por el plus nos comanda.

Es así que navegamos a la deriva por una metonimia de objetos que prometen suturar la falta en ser y el ser hablante mismo se constituye como un objeto en promoción. Esto pasa a ser una manera de circular que puede tomar formas siniestras: el tráfico de niños, de mujeres, de órganos. Estos son casos extremos que muestran la realidad de la estructura: el ser humano como un objeto a ser evaluado. El ser humano como un plus o como un resto.

3. La evaluación: un nuevo nombre del padre

El dispositivo de evaluación tiene, como sabemos luego del trabajo de Jean-Claude Milner y Jacques-Alain Miller (2005) sobre el tema, una

función identificatoria. El sujeto evaluado adquiere un nombre, una marca que lo hace ser para el conjunto de los evaluados y lo diferencia de los que no lo han sido. Podríamos ubicarlo como un nuevo nombre del padre porque su promesa es tentadora y se trata, para Miller (2005), de un verdadero canto de sirenas. Es tentadora porque promete precisamente sacar al sujeto, considerado individual o colectivamente, de la angustia. Si usted está angustiado porque no sabe el valor de su existencia para el Otro, solo tiene que hacerse evaluar y, si consigue una buena calificación, podrá entonces permanecer en su seno.

La angustia ante la posibilidad de quedar fuera del mercado como un objeto de desecho, caído de todo lazo, precipita a la evaluación. Esto puede verse en programas de televisión muy exitosos: si necesita un riñón nuevo o su familia no tiene casa, hágase evaluar por las pantallas y tendrá una chance. Así, la gente baila, canta o adelgaza frente al evaluador implacable y eso constituye todo un espectáculo.

La serie de televisión americana *Black Mirror*, en uno de sus capítulos, nos muestra un dispositivo de evaluación: una aplicación que mide, a través de estrellas, la popularidad de la gente. Los lazos se ordenan entonces, en función de un objeto tecnológico y de la evaluación que éste produce. Las estrellas positivas dan lugar a un plus que hace más valioso relacionarse con determinadas personas, pero las negativas generan objetos en forma de restos que quedan caídos del discurso y fuera del lazo por no obtener la calificación necesaria. El objeto como resto, he ahí lo que retorna, como reverso del plus de goce.

La evaluación -tanto en el discurso hipermoderno como en el universitario- ofrece un dispositivo que tiene una función identificatoria: ésta asegura la existencia, allí donde la fragilidad del mundo no ofrece ninguna garantía. El sujeto evaluado adquiere así, un nombre que lo hace ser. Ante la angustia por no saber del valor de la existencia para el Otro, hacerse evaluar se presenta como una respuesta posible; si se consigue una buena evaluación se logrará tener un lugar en el Otro.

Miller (2005) nos habla de las implicaciones del consentimiento a ser evaluado y deja algunas indicaciones sobre la angustia y la pendiente hacia la identificación al resto. Se presenta así la siguiente paradoja: se sale de la angustia por la evaluación, pero también se experimenta angustia como consecuencia de ella, ya que, si no se obtiene la calificación requerida, tiene lugar la frustración que precipita la caída del lazo. La evaluación culmina:

[en un] yo me condeno a que me corten la cabeza, me condeno a la desocupación yo mismo, bajo la cabeza y doy mi consentimiento, porque me hiciste comprender, en efecto que no valgo mucho; que en efecto, estaba de más en la empresa, ¿porque no en esta tierra? (Miller, 2005: 10).

4. La segregación, efecto de la evaporación del Padre

El rastro, la cicatriz de la evaporación del padre, es algo que podríamos poner bajo la rúbrica y el título de la segregación. Creemos que el universalismo, la comunicación en nuestra civilización vuelve homogéneas las relaciones entre los hombres. Por el contrario, creo que lo que caracteriza nuestro siglo [...] es una segregación ramificada, acentuada, que se entremezcla en todos los niveles y que multiplica cada vez más las barreras (Lacan, [1968]2016).

Con estas palabras, el autor anticipaba los efectos de la declinación del discurso del amo antiguo. Cuando lo que sostenía los lazos era el Ideal, las diferencias, ordenadas por los significantes por los que los sujetos se hacían representar y los modos de goce que se anudaban a ellas, podían coexistir. Pero hoy, en tanto lo que comanda es el plus de goce, la diferencia supone, necesariamente, la segregación.

Juan Carlos Indart (2016) sostiene que en esa afirmación Lacan utiliza el término segregación para contradecir la creencia en el universalismo de una aldea global, comunicada, que volvería homogéneo el vínculo social, sosteniéndose en los valores burgueses de la revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. En contradicción con eso que se imaginaba, ese universalismo, esos mercados ampliados, esas mercancías para todos, se genera lo que en términos *lacanianos* se nombra como único síntoma social: la proletarianización generalizada. Aquellos que no pueden acceder a los objetos plus de goce ni encarnarlos, caen como puro resto de todo lazo social, quedando fuera de discurso, sin nada de qué agarrarse.

En 1967, Lacan sostiene que una de sus preocupaciones respecto del porvenir es el crecimiento del racismo. Afirma que “en nuestro universo de mercado común no hay más que la forma ‘mercado’ que unifica los goces inconmensurables. En el fondo, eso que no soportamos en el otro, es un goce diferente del nuestro” (Lacan, [1967]1997: 31).

Entonces, lo que está en la base de la segregación es separar al que goza de manera distinta, en tanto ese goce tiene algo de amenazante respecto del de uno. Esta idea supone que, a mayor globalización y homogeneización de los modos de gozar, mayor será la segregación. Asegura que los nazis fueron los precursores, en el sentido que tuvieron los guetos, como anticipo de las variadas formas actuales de aislamiento:

Se trata del advenimiento, correlativo a la universalización del sujeto procedente de la ciencia, del fenómeno fundamental cuya erupción puso en evidencia el fenómeno del campo de concentración. Quién no ve que el nazismo tuvo aquí el valor de un reactivo precursor (Lacan, [1967]1997: 26).

Lo que está en la base del racismo y la segregación es, entonces, el odio al modo de gozar del otro. No se trata del rechazo a la diferencia, ni un problema al nivel de las identificaciones, sino más bien, de una cuestión ligada al goce, esa satisfacción paradójica que Freud ([1920]1992) conceptualizó como pulsión de muerte, más allá del principio del placer.

En tanto los lazos ya no se sostienen en discursos, en ideales, sino en la identificación a modos de goce a partir de lo cual se fundan comunidades, no se trata de la determinación nombre/satisfacción -que implicaba estar bajo la égida del Padre- sino que es el modo de goce el que origina un nombre y una comunidad en función de él. Así, nos encontramos con comunidades de adictos, de alcohólicos anónimos, de anoréxicas, de bulímicas, de *youtubers*.

La ciencia, como aquello que comanda el empuje a la universalización ofrece, entonces, objetos con un plus a partir de los cuales armar comunidad en torno a modalidades de satisfacción, pero no orienta respecto del modo de gozar particular del cual cada uno es esclavo. El sujeto queda así abolido y perdido en cuanto a su goce singular; se pierde en la masa que, hecha comunidad, se vuelve segregativa.

Al intentar conceptualizar el fenómeno del racismo, Miller se pregunta qué hace que este Otro sea Otro para que se lo pueda odiar en su ser. Afirma que lo que se odia, especialmente, es la manera particular en que goza: “si el problema tiene aspecto de insoluble, es porque el Otro es Otro dentro de mí mismo. La raíz del racismo desde esta perspectiva es el odio al propio goce” (Miller, [1985]2010: 53). Entonces, es el odio a eso que, siendo lo más próximo, lo más interior, lo más familiar, se experimenta como algo totalmente extraño. El rechazo hacia ese goce

inasimilable que nos habita retorna como un rechazo que es preferible dirigirle al otro, al cual identificamos con el mal y buscamos destruir, aniquilar.

5. A modo de conclusión

Podemos decir que, si el padre se ha evaporado y ya no lo tenemos como referencia, solo nos queda reinventar nuestra práctica analítica para estar a la altura del malestar de nuestra civilización. Y, como señala Graciela Brodsky, tomar partido dentro y fuera del consultorio a favor del sueto, de su goce singular y de su síntoma. “¡Una osadía? [...] la historia del psicoanálisis se hizo gracias a la osadía de algunos. Se trata de ocupar un lugar digno en esa historia y de escribir, con otros, un nuevo capítulo” (<http://www.revistavirtualia.com>).

En este sentido, la operación analítica respecto del tema que nos ocupa se diferenciará de toda idea que signifique etiquetar como adictos, alcohólicos, anoréxicas, bulímicas y de todo dispositivo que, bajo el anonimato de un nombre común, buscaría extirpar ese mal en el otro, previamente declarado. Antes bien, nos preguntamos con Mauricio Tarrab qué hacer ante el racismo que nos habita a cada uno, pregunta que se vuelve crucial cuando nos dedicamos al abordaje de las adicciones. Se trata de circunscribir lo insostenible del propio horror, para tomar una cierta distancia de la tentación de adjudicárselo al Otro: “en cuanto al racismo hecho acontecimiento social, no se trata de “arreglárselas”. A ese racismo hay que oponerse, detenerlo, cada vez y donde resurja. Detenerlo. Siempre” (Tarrab, 2016: 113).

Referencias bibliográficas

Brodsky, G. (2003). “Acción lacaniana”. Entrevista realizada por Silvia Baudini. En *Virtualia*, 8, s/d [en línea] Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/articulos/673/virtualia-pregunta/accion-lacaniana>

Brousse, M. (2012). *Las mutaciones de la función paterna hoy* [en línea] Recuperado de <http://www.icf-granada.net/2012-04-04-08-33-03/audios/114-las-mutaciones-de-la-funcion-paterna-hoy>

Freud, S. ([1920]1992). “Más allá del principio del placer”. En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu.

- Focchi, M. (2012). *Síntoma sin inconciente en una época sin deseo. Cuatro miradas sobre la clínica contemporánea*, Buenos Aires: Tres Haches.
- Guéguen, P-G. (2012). “Siempre uno por uno y a menudo Uno-solo”. En *Virtualia* 25, s/p [en línea] Recuperado de <<http://virtualia.eol.org.ar/025/Virtualia25.pdf> >
- Indart, J-C. (2016). “Sobre la cuestión del padre”. En *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 21, EOL.
- Lacan, J. ([1967]1997). “Proposición del 9 de octubre de 1967”. En *Ornicar, I*, Barcelona, Petrel.
- _____. ([1968]2016). “Nota sobre el padre”. En *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 20, s/p.
- _____. [1669-1970]2008). *Seminario 17: el reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- McDougall, J. (2005). *Las mil y una caras de Eros: la sexualidad humana en busca de soluciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J-A. ([1985]2010). *Extimidad*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (2005). “Una fantasía”. En *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 3, s/p. Buenos Aires: Grama.
- _____. (2008). *Sobre el deseo de inserción y otros temas* [en línea] Recuperado de <http://ea.eol.org.ar/04/es/template.asp?lecturas_online/hacia_encuentro/ja_m_insercion.html>
- Milner, J-C y Miller, J-A. (2005). “¿Quiere ser evaluado? Reflexiones sobre una máquina de impostura”. En *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 3, s/p.
- Tarrab, M. (2016). “Un racismo y el otro”. En *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 21, s/p.

Acerca de los autores

Daiana Ballesteros es licenciada en Psicología egresada de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Se desempeña como ayudante diplomada en la cátedra Psicología Clínica de Adultos y Gerontes (Facultad de Psicología, UNLP) y es colaboradora en la investigación “LAS ELABORACIONES SUBJETIVAS DEL TRAUMA” y participante en “RESPUESTAS AL TRAUMA EN LA ÉPOCA. DE LA CLÍNICA EN LO SOCIAL”, ambos del Instituto de Investigaciones (UNLP). Además, es estudiante de la Especialización en Clínica de Adultos con Orientación Psicoanalítica de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Néstor Eduardo Suárez es licenciado en Psicología egresado de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es profesor asociado ordinario de la cátedra Psicología Clínica de Adultos y Gerontes y a cargo del Seminario Adicciones y Salud Mental (Facultad de Psicología, UNLP). Además, es director de los proyectos de investigación “LAS ELABORACIONES SUBJETIVAS DEL TRAUMA” y “RESPUESTAS AL TRAUMA EN LA ÉPOCA. DE LA CLÍNICA EN LO SOCIAL” del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología (UNLP). Paralelamente, es docente Investigador Categoría III de la Secretaría de Ciencia y Técnica (UNLP) y miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP) y de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL).